Irremediablemente cuando una religión no tiene dogma, ni libro, ni sacerdotes, ha de sufrir influencias exteriores. Por eso, los antiguos hebreos admitían, con una facilidad censurada por los hombres graves, los ritos de los pueblos vecinos. La costumbre de enviar besos de adoración al sol y a la luna los asombraba, y sentían deseos de imitarlo. Los lugares santos de los cananeos eran los que más respeto les inspiraban junto con algo de temor. La ciudad cananea de Luz tenía un lugar que la creencia popular rodeaba de terrores y visiones. Se la consideraba como puerta del cielo, como el pie de una gran escalinata o pirámide con gradas que desde la tierra se elevaba hasta el cielo. Los élohim ocupaban la cima, y sus mensajeros subían y bajaban sin cesar, comunicando a la tierra con el mundo superior. Los antiguos patriarcas hebreos veneraban mucho este sitio y lo llamaban, como todos, Bethel, o sea «casa o templo de Dios». Luz, además de su escalinata tenía un cipo o *ansab* untado con aceite, que erigieron adoradores desconocidos, y que eran respetados por los demás. Los israelitas adoptaron el cipo de Bethel como más adelante tuvo Mahoma que aceptar la Caaba. Se supuso que dicho pilar había sido levantado por el patriarca Jacob, hecho que convirtió a este lugar en el primer santuario de la Palestina. El dios de Bethel fue considerado señor especial del país. Más adelante se le identificó con Jehová y se supuso que el pueblo israelita había recibido de aquel pode-

roso dios local algún don que representaba su título para la posesión de Palestina. Se admitía que a cada pueblo le daba su dios la tierra de que era propietario. Ciertamente a menudo el mismo dios les quitaba la tierra a los demás para dársela a su pueblo preferido.

En una masa existe siempre idolatría, y los puritanos de la tribu israelita hicieron todo lo posible para que la gente poco ilustrada, sobre todo las mujeres, no practicasen las supersticiones arameas y cananeas. El principal abuso era el de los *terafím*, especie de ídolos, probablemente de madera esculpida, que se llevaban encima y eran considerados como dioses lares y oráculos domésticos. Los sabios protestaban contra estas locuras. El nombre de Jehová, equivalente a ÉL, era muy respetado, pero los sabios en aquellos antiguos tiempos, creían un peligro este nombre propio y preferían los de *Él, Elion, Saddai* y *Élohim*. El nombre de *Abir Iakob* (el Fuerte de Iakob), fue preferido mucho tiempo y precedió en el uso vulgar al de Jehová.

El ofrecer las primicias, y por lo tanto, el ofrecer los hijos primogénitos a la divinidad, fue una de las ideas más antiguas de los pueblos llamados semíticos. Moloch y Jehová, especialmente, se concebían como un fuego que destruye cuando se le ofrece. Lo que devoraba el fuego era como si lo comiera Dios, por lo que hubo horribles errores. Moloch, fue un espantoso toro de fuego. Ofrecer los hijos primogénitos, a Moloch era ofrecerlos al fuego, bien dejándolos arder, bien haciéndoles atravesar la llama.

Como causa de tan horribles ilusiones se produjo el sacrificio humano en tal escala, que pronto surgió la idea de una substitución. En lugar del primogénito se daba un animal o una cantidad de dinero de que se llamaba «el dinero de la vida». Al sabio rey de Ur-Cardim, parece que se le tenía tanto respeto religioso, en parte por el hecho de haber inmolado un cabrito en vez de su hijo, en cierta circunstancia que exigía el sacrificio de éste. Las inmolaciones reales eran normales entre los fenicios, sobre todo entre los cartagineses. Los hebreos o teraquitas se mancharon también con tal abominación. En los casos de peligro apremiante, en Fenicia, Cartago y Moab, los soberanos y los grandes sacrificaban una persona querida o el hijo primogénito. Ejemplos de esto vemos entre los moabitas en tiempos de Elías y de Eliseo. El ejemplo de Jafté y la leyenda sobre el sacrificio de Abraham demuestran que los Beni-Israel estaban tan sometidos como sus congéneres a un rito tan odioso.

Es de suponer que la peligrosa idea de la ofrenda de los primogénitos no fructificó hasta la época nacional al estar el pueblo establecido en Canaán, y ser Jehová su dios local, como Camos el de Moab. La religión nacional es siempre la más sanguinaria. En el elohísmo primitivo, se condenaban tales monstruosidades y entre los nómadas debieron de ser rarísimas. Entre las prácticas paganas que Job acusa no figuran los sacrificios humanos, indudablemente porque apenas existían entre su gente. De todos modos, con el esfuerzo civilizado de los profetas israelitas se logró en época antigua substituir el rito sangriento por la inofensiva ofrenda de los primogénitos del rebaño. Un rescate mal explicado

representó la primera inmolación de «lo que abre la matriz». Fue siempre característica en el Dios de Abraham una gran repelencia por los sacrificios humanos. Los horribles sacrificios de niños que fueron la vergüenza del siglo VII antes de J.C., al parecer, no se conocían en las tiendas patriarcales.

De una manera práctica los civilizadores intentaban ya extender la cultura y disminuir la barbarie. Se quería educar al cuerpo y al alma a un tiempo. Eran, en parte, sucios física y moralmente por la costumbre de comer carroñas y animales malsanos. La distinción entre animales puros e impuros es muy antigua, aunque la lista de los prohibidos se hiciera mucho más tarde y variara. El cerdo, que a menudo sufría en Oriente la triquinosis, figuró al principio entre las carnes de mala fama. Una costumbre seguida por la gente que temía la enfermedad era no beber sangre y no comer carne sin sangrar. La carne era considerada como elemento constitutivo de la persona. Admitían todos que el alma estaba en la sangre, de modo que asimilar la sangre de un ser era absorber y comerse a éste.

La circuncisión es una de las costumbres que a favor de las religiones semíticas ha dado la vuelta al mundo, procedentes del período teraquita. El narrador elohísta hace remontar la circuncisión a tiempos antemosaicos, y su fundamento para esto se basa en la observación justa de que la mayor parte de los pueblos teraquitas practicaban la circuncisión, aunque con menos frecuencia que los Beni-Israel. Los pueblos de Siria y Arabia especialmente, practicaban la operación antes del islamismo. Así lo vieron los antiguos griegos, pero erraron al creer que su origen procedía de Egipto. En cuanto a los israelitas, nunca llaman a los moabitas y edomitas *geralim* o incircuncisos. Este calificativo se reservaba a los filisteos, que seguramente eran cretenses o carios.

Originariamente esta costumbre no tuvo la generalidad ni el significado religioso que se le dio más adelante. Era una operación practicada por muchas tribus, y que tenía una razón fisiológica. El no usarla habría condenado a ciertas razas orientales a una semiimportancia y a impurezas desagradables. A veces se ejecutaba la operación antes del casamiento y el operado se llamaba entonces *hatan damim* (novio ensangrentado). Algunas tribus árabes conservan todavía el mismo uso. En otras, era la circuncisión una fiesta anual, y se hacía en el mismo día a todos los adolescentes nacidos durante el año. Era para ellos la entrada en la vida sexual; desde aquel día se acercaban los jóvenes a las mujeres y tenían derecho a casarse. Pero este procedimiento tenía grandes inconvenientes. Como la circuncisión era más grave para los adultos que para los niños, se acordó que la sufrieran éstos, con arreglo a ciertos razonamientos semejantes a los que en nuestros días han hecho obligatoria la instrucción. Con motivo se consideró falta en los padres el no hacer al niño una operación sin la que sería siempre una especie de inválido, y que hecha más tarde resultaría penosa.

La palabra *garel*, que indicaba el estado natural de los órganos sexuales llegó a ser sinónima de manchado, y constituyó una injuria, sobre

todo dirigida a los filisteos. La operación de la extirpación de la *gorla* tomó un significado hierático, y como ocurre en casos parecidos normalmente, no se distinguió el accesorio sacramental del principal. Antiguamente, la operación se hacía con un cuchillo de pedernal, porque no existían hojas metálicas. Se creyó mucho tiempo que el cuchillo de pedernal era necesario en la operación, y se siguió usando, aun disponiendo de los metálicos. Sobre todo, se olvidó la razón original de la operación. La efectuaban razas que no tenían ninguna necesidad fisiológica de ella, y la consideraron institución religiosa, a modo de purificación. De este modo la circuncisión, útil en ciertos casos, se consideró más tarde buena para todos, y luego obligatoria. Esto es muy común en la historia de las religiones. Una prescripción que fue originariamente local e individual, se convierte en sagrada, y pasa a ser prescripción universal, y se conserva en climas y pueblos donde es necesaria.

Aún más, el aislamiento aumentó el error del judaísmo. La circuncisión indicada para algunas razas de Oriente, de una conformación distinta de la nuestra, se extendió entre razas para las que era más perjudicial que beneficiosa. La idea de que los pueblos no sometidos a esta operación tenían un carácter de impureza y de que no se debía comerciar con ellos, trajo muy malos resultados, e impulsó a los judíos a actos de intolerancia muy censurables.

El que los israelitas adoptaran esta costumbre puede ser considerada una gran falta histórica. La circuncisión fue en la vida religiosa de Israel un acto contrario a su vocación, y que por poco le hizo faltar a su misión providencial. Los rigoristas la explotaron en el sentido de secuestro total. Cuando la propaganda y el sueño de una religión universal para el género humano dominaron a Israel, la circuncisión fue el obstáculo capital que encontró y estuvo a punto de frustrarlo todo. Si San Pablo no hubiera vencido en su lucha contra Santiago, partidario de la circuncisión, el cristianismo, o sea el judaísmo universalista, no hubiera tenido porvenir alguno.

Como todos los demás pueblos primitivos, los hebreos creían en una especie de duplicidad de la persona; en una sombra, figura pálida y vana, que después de la muerte se hundía en la tierra, y allí, en una especie de salas sombrías, llevaba una vida triste y aburrida, igual a la de los manes latinos y los *necyes* griegos. Los hebreos los llamaban *Refaim*, palabra que parece significar fantasmas y se parece a héroes, y simultáneamente quiere decir héroes y muertos. La morada de estos desdichados se llamaba *scheol*. Era semejante a los panteones de familia, donde los cadáveres reposaban juntos, así que bajar al *scheol* era sinónimo de reunirse con sus padres. Los muertos vivían allí sin conciencia, sin conocimiento, sin memoria, en un mundo sin luz, abandonados de Dios. No había recompensas ni castigos: Dios no se acordaba de ellos. La gente un poco culta comprendía que esta existencia se parecía mucho a la nada.

De todas formas, la mayoría pensaban en buscarse un buen albergue, una cama cómoda durante el tiempo que pasaran entre los *refaim*. Les

gustaba creer que estarían con sus antepasados, hablando y descansando con ellos. A los cananeos parece que les complacían más que a los hebreos estas cavilaciones, como si los sabios hebreos se hubieran interesado en que las masas no se preocuparan de estas ideas que generalmente les placen. Las bajadas a los infiernos, las peregrinaciones a través de los círculos de la otra vida, como las que preocupaban a los asirios y egipcios, les parecían cosas impías.

De todo ello era causa la profunda separación que la conciencia hebraica estableció entre el hombre y Dios. Para el ario, los *Pitris* o antepasados son dioses y por lo tanto inmortales. En Egipto el muerto se convierte en Osiris, en espíritu divino y eterno. El patriarca hebreo reprobaba tales ideas. Para él, Dios sólo es eterno; un hombre eterno sería Dios. El hombre está esencialmente de paso. Vive algunos días y luego desaparece para siempre. Indudablemente hay hombres muy virtuosos, amigos de Dios, que éste quita para llevarlos consigo. Pero fuera de estos privilegios, el destino del hombre es la desaparición en el olvido. No puede quejarse, si ha vivido bastantes días y tiene hijos que perpetúan su familia, y una vez muerto se pronuncia en el pueblo su nombre con respeto. A falta de todo esto un *iad*, o cipo, con su nombre, es también un consuelo, no muy grande, realmente, pero debe conformarse por no existir otro mejor.

Los efectos de tal concepto de la vida, eran que la justicia de Dios se ejerce solamente en la tierra, lo cual producirá grandes asombros y extrañezas en los honrados patriarcas. El libro de Job se escribió mil años después; pero en la Edad Antigua que ahora estudiamos debió ya de ser pensado. Al ver a un criminal feliz y a un justo desgraciado, el sabio quedaba desconcertado. Pero el mundo aún era sencillo, y las soluciones que luego fueron insuficientes se aceptaban todavía como correspondientes al gobierno providencial del Universo.

Se consideraba que el mal produce el mal por sí mismo y lleva consigo fatalmente el castigo, incluso cuando se infringe la ley involuntariamente. El pecado y el error son cosas que no pueden distinguirse. Sobre todo, la familia es cosa tan sagrada que atentar al lazo conyugal por ignorancia merece la muerte y las desgracias muy horribles. El bien, en cambio, es recompensado con una larga vida y gran descendencia. Dios mata al que comete ciertas acciones particularmente condenables. La vida es un bien, un favor de Dios. La longevidad es la recompensa del justo. Al hombre intachable se le puede poner a prueba, pero Dios le venga. Ve a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación; y muere a los ciento veinte años, cansado de vivir.